

Iba á volverse, cuando el forastero, que despues de los mas grandes esfuerzos habia llegado á penetrar entre la multitud, se presentó de pronto delante de él.

—¡Válgame San Francisco! ¿sois vos, señor Wan-Dick? exclamó de nuevo el anciano criado, dejando escapar un alegre movimiento. ¡Cuánta alegría va á sentir mi amo al volveros á ver! ¡Hace tanto tiempo que os habeis marchado!... Pero ¡ay! añadió, volviendo á su dolor ¿estaré en estado de reconoceros?... ¡Está tan malo el buen señor...!

Y así hablando el anciano criado, llevó á Wan-Dick al lado del lecho de agonía de Rubens, porque el desconocido era efectivamente el célebre discípulo del ilustre moribundo.

Cuando le fué abierta la puerta de aquella fúnebre al-

coba, Wan-Dick se arrodilló piadosamente á la entrada de aquel santuario donde el hombre de genio y de bien debía devolver al Criador aquella alma, que se habia complacido en hacer tan grande, tan noble, tan hermosa. Al ligero ruido que causó aquella accion, levantó poco á poco la cabeza el moribundo, y al ver á su antiguo discípulo, le alargó una mano, que éste cubrió inmediatamente de besos y de lágrimas.

—Doy gracias á Dios que te ha traído á mi lado en esta hora solemne, dijo Rubens con voz apagada y débil; te amo como á mi hijo, y cuando un padre va á morir es preciso que sus hijos estén en derredor suyo.

Los sollozos de su familia interrumpieron al enfermo, que trató entonces dulcemente de consolarlos. Algunos



Pedro Pablo Rubens.

instantes despues un venerable sacerdote, que no le habia abandonado en el peligro, se adelantó hácia una ventana, la abrió y dijo á la muchedumbre arrodillada y muda:

—Orad, hermanos; ¡el alma del justo está delante de Dios!

Gritos de profundo dolor siguieron á aquellas tristes palabras: hubiérase dicho que toda la poblacion de Amberes acababa de perder un padre querido.

Así murió Rubens, á la edad de sesenta y ocho años.

Aquel gran artista habia nacido en 1577, el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, cuyos nombres le dieron.

Colonia es designada por los biógrafos como el lugar de su nacimiento; pero monumentos auténticos recientemente descubiertos comprueban que vino al mundo en el Brabante, mientras su padre, senador de Amberes, vivia en un

pais agitado por las discordias civiles y las guerras de religion. Allí se estableció en aquella época Juan Rubens, ardiente católico, que despues de haber ejercido las primeras magistraturas, tuvo que abandonarlas para huir de las turbulencias religiosas y establecerse definitivamente en Colonia con su muger, donde compró una casa, en la cual mas tarde debia venir á morir, tambien proscripta y desgraciada en 1634, María de Médicis, reina de Francia.

La madre de Rubens, María Pipelinga, tuvo siete hijos; Pedro Pablo fué el último. Desde que el niño tuvo diez años le hizo entrar su padre en calidad de page en casa de la condesa Lalaing.

No se halló bien el niño en aquella dorada esclavitud, y quiso absolutamente salir de ella. Volvió, pues, á la casa paterna, donde le hicieron comenzar serios estudios con





el deseo de dedicarle para que sucediese á su padre en sus empleos, empero el digno hombre murió muy pronto; y habiendo sorprendido su viuda una facilidad extraordinaria para las artes, y un gusto apasionado al dibujo en el niño, para el que soñaba el mas brillante porvenir, le dedicó desde luego á la gloriosa carrera de la pintura, colocándole primero en casa de Adam Van-Noort, artista de gran reputacion entonces.

La vida desordenada, la brutalidad de su maestro, le alejaron bien pronto de allí, y le decidieron á seguir las lecciones de Otto Venius, sin rival en aquella época, uno de los mejores imitadores del Corregio.

A la edad de veinte y tres años era ya un portento en la pintura Rubens, y obtuvo cartas de recomendacion del archiduque Alberto y de Isabel, gobernadora de los Países Bajos, para ir á viajar por la Italia, en el mes de mayo de 1600.

Dirigióse desde luego á Venecia, á quien el entusiasmo de los artistas, de los poetas y de los viajeros, habia llamado *la bella* entre todas las ciudades de la Italia. Allí estudió al Ticiano, á Pablo Veronese, al Tintoretto. Allí hizo conocimiento con un gentil hombre del duque de Mantua, que vivia en la misma casa que él, y que se complacia á menudo en verle pintar. Habiendo elogiado este á su soberano la grande habilidad del jóven pintor, obtuvo para éste del duque el título de gentil-hombre y de pintor de la corte. Por su variada erudicion, por su gran talento y sus felices ocurrencias se captó bien pronto la benevolencia y estimacion de aquel príncipe, que le envió á España para ofrecer al rey Felipe III una magnífica carroza y un tiro de seis caballos napolitanos, con ricos presentes ademas destinados al duque de Lerma, primer ministro y omnipotente entonces en España. Al volver de aquella mision, con el permiso del duque se fué á Roma. El archiduque Alberto le encargó tres cuadros para la capilla de Santa Elepa. Se detuvo algunos meses en Florencia, donde obtuvo la mas benévola y cordial acogida del gran duque, que le pidió su retrato para colocarlo en la sala de los pintores célebres. Allí en Florencia estudió las obras maestras de la escultura antigua y del cincel de Miguel Angel. Despues de haber ejecutado para el gran duque muchos é importantes cuadros, se fué á Bolonia para ver á los Carrachi, y volvió á Venecia, á donde le llevaba su predileccion por los coloristas de aquella escuela. Despues de largos y sérios estudios en las galerías de aquella ciudad, volvió á tomar el camino de Roma. Apenas llegó allí cuando el Papa le mandó pintar un cuadro para su oratorio del palacio Quirinal. Los cardenales Chighi, Rospigliosi, el condestable Colonna, la princesa de Scalomare, y los padres del Oratorio imitaron el ejemplo del Santo Padre. Por órden del duque de Mantua copió en Roma los mas bellos cuadros de Rafael, é hizo de ellos unas copias tan bellas que pasan á los ojos de los inteligentes por segundos originales.

No habia visto todavía de la Italia á Milan ni á Génova, y quiso completar sus estudios visitándolas. En Milan dibujó *la cena* de Leonardo de Vinci. Su reputacion comenzó á no tener rival en la Italia, é hizo que el archiduque Alberto le llamase á su corte. Antes pasó por Génova, y allí fué colmado de honores por el dux y por la nobleza. La belleza del clima le decidió á prolongar su mansion, empero las instancias del duque Alberto le hicieron dejarla antes de lo que queria.

En medio de sus trabajos se hallaba, cuando supo que su madre se hallaba peligrosamente enferma. Tomó la posta y recibió en el camino la noticia de su muerte. Se detuvo en la abadía de San Miguel, algunas leguas de Bruselas, abandonándose á su dolor, y ocupándose en levantar un sepulcro á su madre, cuyo epitafio compuso él mismo. A su vuelta á Amberes fué colmado de felicitaciones y de homenajes. Iba á volverse á Italia cuando el archiduque y su esposa le llamaron á Bruselas, y le dieron una pension considerable con la llave de gentil-hombre; pero obtuvo el permiso de vivir en Amberes. Compró una casa espaciosa que hizo reconstruir en parte á la romana, y allí formó una linda coleccion de pinturas y de antigüedades, desplegando una magnificencia propia de un rey.

En aquel mismo año, 1610, se casó con Isabel Brant, sobrina de la muger de su hermano mayor Felipe Rubens, secretario de la ciudad de Amberes. Desde aquella época, la vida de Rubens no fué mas que una vida de maravillas, de encantos, de riqueza y de felicidad. Vivía en el seno de la opulencia, así es que proponiéndole un célebre alquimista asociarle á sus trabajos si le adelantaba alguna cantidad para poder encontrar el arte de hacer el oro, le contestó que habia llegado demasiado tarde, pues que hacia algunos años que él habia encontrado el modo de hacerlo por medio de su paleta y de sus pinceles.

Despues de haber enriquecido su patria con innumerables producciones, desplegó un género de talento inesperado. Los jesuitas de Amberes habian adquirido una cierta cantidad de mármoles negros, blancos y jaspeados, cogidos por los españoles á un corsario argelino, y destinados á construir una mezquita. Quisieron edificar una iglesia: Rubens les dió los planos del edificio y pintó treinta y seis techos. Desgraciadamente el rayo ha devorado estas obras maestras en 1718. Su reputacion ya europea llamó la atencion de María de Médicis, que le hizo ir á Francia con las mas lisonjeras ofertas para pintar la galería de su palacio de Luxemburgo. Despues de haber recibido las órdenes de la reina, y de haberle sometido sus planes, volvió á marchar á Amberes, y allí concluyó en el espacio de veinte meses veinte y cuatro composiciones que contenian bajo la forma alegórica toda la historia de la reina. María le pidió una continuacion sobre la vida de Enrique IV; comenzó los bocetos, pero esta empresa no fué terminada, habiéndose enemistado la reina con su hijo.

Era preciso que Rubens hubiese nacido poeta para expresar las santas ideas, la inspiracion de las deliciosas composiciones que presentó siempre en sus cuadros. Conocedor mas que nadie del poder y del encanto de la ficcion, unió á estos raros talentos la elegancia del colorido de la escuela veneciana, cuyos maestros habia estudiado. Así ocupa el primer término entre los ilustres artistas, de que con razon y justo título puede envanecerse Flandes.

Los talentos superiores de este hombre, célebre en la pintura, no le acarrearón solo la estimacion sino el aprecio de los soberanos de su época. Sábio, prudente, sagaz, penetrante y sólido, el conocimiento que tenia del mundo, sus relaciones y su permanencia en las diversas cortes de Europa, le habian dado conocimientos muy estensos en política y en los diferentes intereses de otros estados.

La infanta doña Isabel en las conversaciones que con él tuvo sobre la situacion de los Países Bajos, vió en él un



hombre muy á propósito para los designios que tenía que comunicar al rey de España sobre el estado presente del gobierno del Brabante.

El rey de España, á quien fué enviado como embajador, le envió por consejo del conde-duque de Olivares, su ministro, cerca del rey de Inglaterra, encomendándole una misión muy delicada, porque consistía en poner condiciones tan difíciles como políticas. Desempeñó Rubens con fortuna estas diferentes negociaciones, y al mismo tiempo ilustró la Inglaterra con sus cuadros. Así es que uno de los personajes mas eminentes de Inglaterra, habiendo encontrado á Rubens trabajando en su caballete, le preguntó:

—¿El embajador de S. M. católica se divierte algunas veces en pintar?

—Me divierto algunas veces en ser embajador, respondió Rubens para elevar la dignidad de las artes sobre el orgullo diplomático.

Menos afortunado fué Rubens en la negociacion que trataba de hacer llamar por su hijo el rey Luis XIII de Francia á la reina María de Médicis, desterrada en Bruselas; verdad es que tenía que habérselas con el cardenal Richelieu.

Mil anécdotas curiosas sacadas de esta época tan fecunda en grandes acontecimientos, podríamos referir aquí para dar mayor interés á la biografía ligera que ponemos á los ojos de nuestros lectores, pero vamos á extraer una sumamente interesante.

Cuando se hallaba Rubens en Madrid, recibió una invitación de don Juan, duque de Braganza, que despues fué rey de Portugal cuando se insurreccionó aquel reino, para que fuese á acompañarle á una partida de caza en Villavieja. Muchos caballeros españoles y flamencos fueron acompañando al artista. Advertido el príncipe de la llegada de tan numerosa comitiva, envió á su encuentro un caballero encargado de decir á Rubens que S. A. no podía recibirle porque urgentes y graves negocios le llamaban repentinamente á Lisboa. Suplicaba además á Rubens que aceptase de su mano una gratificación de cincuenta pistolas. Sonriéndose Rubens de la avaricia del futuro monarca manifestó todo el sentimiento que le inspiraba la precipitada marcha de su noble Amfitrión, rehusó las cincuenta pistolas añadiendo que había tenido buen cuidado de traer consigo mil antes de ponerse en viage. Sorprendidos por la noche recibieron los caballeros la hospitalidad en un convento de una aldea donde tuvieron que detenerse. La orden era tan austera que los religiosos evitaron toda conversacion profana con los huéspedes que recibían. A la mañana siguiente en el momento de marchar, toda la comitiva que se había dado cita y punto de reunion en la capilla del convento, oyó misa antes de ponerse en camino, y Rubens se sintió lleno de admiración ante el cuadro que adornaba el altar mayor, donde oficiaba el sacerdote.

El asunto era sencillo y severo, grandísimo el orden perfecto del colorido: era un monge moribundo asistido por sus hermanos; y la idea que el artista había impreso, era el aislamiento de los afectos terrestres, y la esperanza de la felicidad eterna: así, en medio de aquella desolación solo la cabeza del moribundo estaba radiante de luz y de un fuego sobrenatural.

Apenas se hubo terminado el oficio divino, exclamó Rubens arrebatado de entusiasmo:

—¿Quién puede haber pintado este cuadro?... No conozco en España un pintor capaz de semejante obra maestra.

Las gentes y señores de su comitiva se aproximaron al maestro al oír aquellas palabras, y todos á porfía redoblaron sus elogios.

El cuadro no estaba firmado, y el fraile á quien se dirigía aquella pregunta, no supo que responder.

Rubens pidió entonces hablar al superior del convento. Vino éste inmediatamente; y el artista admirado del aire noble que reinaba en toda su persona, le saludó respetuosamente, antes de rogarle que satisficiera la curiosidad que le había hecho incomodarle.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente, y respondió:

—El pintor no pertenece ya á este mundo.

—¿Ha muerto! exclamó Rubens: ¡ha muerto! y nadie le ha conocido hasta ahora; nadie ha repetido con admiración su nombre, que debería ser inmortal; su nombre ante el cual se eclipsaría acaso el mío; y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mío, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oír este nombre, animóse con una expresión singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon y fijó en Rubens una mirada, en que se revelaba algo mas que una vana curiosidad; pero aquella exaltación no duró mas que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que había levantado al cielo en un momento de entusiasmo y repitió:

—El artista no pertenece ya á este mundo.

—¿Su nombre, padre mío; decídmelo su nombre; para que yo pueda anunciarlo al universo, y darle la gloria que merece!

Y Rubens, Van-Dick, Desprentack, Jacobo Jordaeus, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos casi iban á decir, sus rivales, rodeaban al prior y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba, un sudor frío caía sobre su frente, sobre sus mejillas enjutas y sus labios se contraían convulsamente, como prontos á revelar el misterio cuyo secreto poseía.

—¿Su nombre, su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademán.

—Escuchadme, dijo: me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de ese cuadro no pertenece ya á este mundo; pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—¿Vive, vive! ¡Oh! ¡Hacéndonos conocer! ¡Decidnos quien es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un claustro, es fraile.

—¿Fraile, padre mío! ¡Fraile! ¡Oh! Decidme en que convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una misión sublime, y es preciso que la cumpla. ¡Nombradme el claustro donde se oculta; y yo iré á sacarle de él y á mostrarle la gloria que le espera! Si me repele, haré que nuestro Santo Padre, el Papa, le mande volver al mundo y tomar de nuevo los pinceles. El Papa me estima, padre mío; el Papa escuchará mi voz.

—No os diré ni su nombre, ni el claustro donde se ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El Papa os mandará que lo hagais, exclamó Rubens exasperado.



—Escuchadme, dijo el fraile, escuchadme en nombre del cielo. ¿Pensáis que ese hombre antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado reciamente contra semejante resolución? ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer, en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es mas que vanidad? Dejadle, pues, morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones. Por lo demás, de nada servirían vuestros esfuerzos: saldría victorioso de esa tentación, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda. Dios que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mio, considerad que renuncia á la inmortalidad.

—La inmortalidad no es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversacion; de modo que no pudo Rubens insistir mas. Salió del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito.

A la mañana siguiente el cuadro habia desaparecido de la iglesia.

A la mañana siguiente tambien el fraile, vencido, quebrantado por la humildad cristiana, habia dejado de vivir.

Aquel fraile era Javier Collantes, el autor del cuadro.

En julio de 1626 perdió Rubens á su muger Isabel Brandt; lloró su muerte como la de una excelente compañera, aunque las crónicas malignas de su tiempo dicen que amaba tiernamente á la vez á su marido y á su discípulo Van-Dyck. Dicen que el marido se vengó despues de la infidelidad de Isabel en algunos de sus cuadros, especialmente en el del *juicio final*, donde se ve un diablo que sujetándola en sus garras la precipita en las llamas.

\* Cuatro años despues, el 6 de diciembre de 1630, se casó Rubens en Amberes con una hermosa jóven de diez y seis años, Elena Forment, que coronó de flores y de frutos su vejez, poética ruina, dándole cinco hijos. Pero al decir de Weyerman, Rubens no tardó en apercibirse de que... «la corte, una muger bonita y jóven, y la gota, son tres bendiciones que maldita la gracia deben hacer á un viejo.»

Rubens murió el 30 de mayo de 1640 á la edad de sesenta y tres años de un ataque de gota.

Magistratura, clero, nobleza, pueblo de Amberes, siguieron á la iglesia colegiata de Santiago el féretro que contenia los restos del pintor, y fué depositado en la bóveda de la familia Forment. Tres días despues se celebró en su honor un funeral cuya pompa era digna de un rey. Dejó Rubens una inmensa fortuna, alhajas de grandísimo precio, objetos de riquísimo valor, y solo el cordoneillo de brillantes para el sombrero que le habia regalado Carlos I de Inglaterra valia quince mil duros. Los objetos de arte que dejó, puestos en venta produjeron despues muchos millones.

El talento de Rubens era elevado, fácil, lleno de fuego. Tenia gran conocimiento de las bellas letras, de la historia y de la alegoría: hacia ordinariamente sus reflexiones por escrito, sobre todo cuanto veia, y copiaba él mismo los buenos cuadros. Su prodigioso genio, su hermoso colorido, abundaba de ideas, riqueza, posturas, fuego y energía; en sus asuntos, sus actitudes sencillas tan naturales, sus ropas

variadas, sus interesantes paisajes por el claro oscuro, hacen de cada uno de sus cuadros verdaderas obras maestras.

Si se pudiese decir cuál fué el mas hermoso cuadro de Rubens, sería preciso citar un número considerable, porque hay muchos sin defecto alguno; pero uno de ellos, que mas se hace admirar entre todos, y al que la posteridad ha dado en su concepto con razon, una grandísima preferencia, es el *Descendimiento de la Cruz*, que cuando los franceses se apoderaron de la Bélgica trasladaron al museo de París; pero que despues, en 1815, por el tratado de Viena, fué devuelto á la antigua catedral de Amberes de donde habia salido, y donde todavia permanece para ser el asombro de cuantos viajeros van á recorrer aquel pais, y tienen la fortuna y el placer de poderlo contemplar.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## PARÍS, LONDRES Y MADRID. (1)

XXV.

Londres, abril, 1856.

Por lo general, á lo que yo entiendo, las personas que viajan y no por obligacion de su estado ú oficio, como los correos y los capitanes de barco, pertenecen necesariamente á una de estas tres clases de gentes, á saber, la de las que emprenden viages para determinados asuntos; la de los que viajan por recreo; y la de los que en sus excursiones, se llevan ó aciertan á combinar ambos objetos á la vez;—bien sea que teniendo precision de ir á un pais cualquiera por algun asunto, aprovechen la ocasion y saquen de su viage el mayor recreo posible, bien sea que viajando por recreo, aprovechen igualmente la oportunidad para proporcionarse en el pais que visitan algunos negocios. Hay además lo que puede llamarse viajeros de vocacion, que en interés de la ciencia ó llevados de un irresistible instinto de movimiento y curiosidad, viven siempre en la mar, ó metidos en el wagon de un ferro-carril, ó cruzando á pie, ó á caballo, ó sobre el lomo de un camello, las asperezas de los Andes, las pampas de Buenos Aires ó el desierto de Zahara. Esta raza de hombres de hierro escasea hoy en nuestro pais, pero aqui es muy comun: tan comun como lo era entre nosotros allá en los tiempos felices en que un Cortés, un Pizarro, un Vasco Nuñez de Balboa y otros cien heroicos aventureros, no tenian que hacer mas que echar una ojeada por encima del hombro, anunciando en sitio público algun proyectado viage á las Indias, al Catai ó á los cuernos de la luna, para que cual moscas á la miel, acudiesen á ofrecérseles á porfia hombres de buena voluntad y de mejor espada, prontos á seguirlos al fin del mundo.—Esto me recuerda una noticia juntamente útil y curiosa para los forasteros en esta ciudad, pues de seguro la sa-

(1) Véanse los números de enero, febrero, marzo, abril, mayo y junio, pág. 20, 41, 51, 86 y 128.



brán muy pocos. Héla aquí. Los que quieran disfrutar la doble ventaja de comer muy bien por muy poco dinero (un chelín y algunos peniques, baratura fabulosa en esta tierra),—y en compañía de lo mas genuino que encierra Londres en punto á viajeros de profesion, acuda todos los días á las dos ó á las cuatro de la tarde al piso 2.º de una modesta casa sita en una esquina del gran mercado ó plaza del Pescado (*Billingsgate fish market*), núm. 42, á pocos pasos del Támesis. Allí se reúnen alrededor de las enormes mesas cuadrilongas que se sirven á las espresadas horas, compuestas de toda clase de pescado y un *joint* (asado de carne), casi todos los capitanes y patrones de los buques mercantes recién arribados á Londres de largas navegaciones, ó prontos á zarpar para lejanas tierras. Es aquella casa una *especialidad*, como aquí se dice, para esa clase de marinos; no hay día que no se vean allí reunidos alrededor de una gran ponchera de *grog*, contándose mutuamente sus aventuras y acabando por entonar en coro un magnífico *Rule Britannia*, seguido del inevitable *God save the Queen* (Dios salve á la Reina), los tipos mas originales, mas curtidos por el sol y las borrascas de todas las latitudes. Una feliz casualidad me ha hecho descubrir este hospitalario asilo al que, aunque profano al noble ejercicio de la marina, acudo con frecuencia, mas bien que como á una fonda excelente y barata, á un teatro de costumbres para mí desconocidas, y sobre toda ponderacion interesantes. Al cabo he descubierto el secreto de la increíble baratura de estas comidas: en primer lugar, el fondista es uno de los mas ricos pescadores del mercado (ya he dicho que de pescado se compone casi exclusivamente), y á ellas destina con maravillosa profusion todos los sobrantes de su despacho matinal. Luego, si algo puede perder en la comida, como yo creo, pues aquellas mesas son un trasunto de las bodas de Camacho, el fondista se desquita ampliamente con sus ganancias sobre los vinos y los licores que los mas de los parroquianos consumen de sobremesa; su especulacion, en suma, es muy buena. Dejaría el fondista de ser inglés si así no fuera. Otra dificultad se me ocurría la primera vez que acudí á esta opípara mesa. ¿Cómo no acude á ella mucha mas gente, siendo tan barata? También esto tiene su explicacion, la cual se encierra metafóricamente en esta sentencia: *No hay rosa sin espinas*. En efecto, *Billingsgate-fish market* está á una distancia enorme de todo razonable punto de residencia en esta ciudad, primer inconveniente para que concurran muchos parroquianos; en segundo lugar, aquella sociedad de marinos fuma como una legion de piratas, y la atmósfera en que come y bebe se puede en ciertos momentos *trinchar* como un *roastbeef*, cosa que para muchos es un grave inconveniente, no para mí, sábelo Dios. Sin embargo, rara vez he salido de aquella casa sin un mediano dolor de cabeza, sea dicho en honor de la verdad.

Mas volviendo á mi empezada enumeracion de las distintas clases de viajeros, que me ha hecho interrumpir este pequeño episodio gastronómico, diré que la primera de dichas clases (la de los que viajan por sus asuntos), es la mas numerosa, pero á mi juicio, la menos interesante; por lo mismo que es la mas interesada. Casi toda ella se compone de comerciantes: estos suelen ir veinte, treinta, cien veces á un país extranjero y volverse la última á su tierra, tan en ayunas como la primera, de los usos, lengua y costum-

bres del país;—de su literatura, de su historia, de sus monumentos,—de todo lo que no atañe inmediatamente al ramo de comercio ó de industria á que se dedican. En este punto he visto fenómenos monstruosos, á lo menos para mí, que rayando tal vez en el exceso contrario al del indiferentismo absurdo que aquí consigno y vitupero, jamás llevo por primera vez á pueblo alguno, sin empezar por recorrerle y escudriñarle y procurar enterarme de todas sus curiosidades aun antes de sacudirme el polvo del camino. Y con este motivo, vaya otro episodio, ó sea la historia, que jamás olvidaré, de lo que me pasó, hace años, con cierto comerciante de una de nuestras mas atrasadas capitales de provincia que me llegó á París recomendado por un amigo comun para que le dirigiese en ciertas compras que iba á hacer, único objeto que le llevaba á la ciudad del Sena. Desde luego me anunció que no queria detenerse allí ni un día, ni una hora mas de lo necesario para hacer sus compras, por lo que sin tomarse tiempo ni aun para trocar su estrafalario equipo de viage por un atavío mas europeo, echamos incontinenti á andar, ya en coche, ya á pie, el muy embozado en su capa, y yo algo corrido de ir en tan rara compañía, buscando las mejores fábricas conducentes á su objeto; pero figurándome yo buenamente que mi hombre, ó sea mi comerciante, el cual nunca habia salido de su pueblo (y qué pueblo!)—y que dentro de un par de días iba á tomar la vuelta para acabar en él su mísera existencia de molusco, tendria gusto en llevarse siquiera algunos recuerdos, algunas fugitivas impresiones de su estancia en París, cada vez que pasábamos por delante de algun sitio notable, ya como objeto histórico, ya como monumento artístico, interrumpia un instante nuestra fastidiosa conversacion mercantil para decirle:—Ese es el Louvre, esa es la catedral; aquel es el Panteón...

—Déjese vd. de eso, hombre, déjese vd. de eso! exclamaba impaciente, apretando el paso y encasquetándose hasta las cejas su ridícula gorra de pieles con visera de á cuarta para no caer en la mala tentacion de ver, aunque de paso, el hermoso edificio que yo procuraba enseñarle.

—Pero considere vd. que ya regularmente no volveremos á pasar por aquí, y que esa joya del Renacimiento merece verse...

—Déjese vd. de eso, hombre, déjese vd. de eso!—Y tirándome del brazo y haciendo un gesto de compasion, me obligaba á seguirle en su precipitada fuga.

Estupefacto me dejó aquel hombre, lo confieso; era la primera vez que yo veía en toda su prosaica desnudez el tipo acabado del viajero-ostra, variedad curiosa del género que Larra denomina donosamente el hombre-patata. Luego me ha enseñado la esperiencia que esa clase de viajeros es muy numerosa, y no se compone solo de comerciantes, de los cuales he conocido muchos, justo es decirlo, que no se parecen nada al que dejo bosquejado, hombre de aquellos de quienes suele decirse que entran en un país; pero que el país no entra en ellos.

Para esta clase de viajeros, si son españoles, se han hecho principalmente las casas de huéspedes españolas de París y la del señor Tejada y otras que hay aquí; en ellas por lo menos es donde florecen en mayor número y en mas supina ignorancia de todo lo que no es su tierra.

La segunda clase,—la de los que viajan por recreo,—es



la menos numerosa, por la razón sencilla de que para pertenecer á ella es preciso ser muy rico ó estar subyugado por la noble curiosidad que ha inmortalizado los nombres de Marco Polo, Colon, Vasco de Gama, Sebastian Elcano, las capitanes Cook y Ross y otros insignes viajeros á cuya activa intrepidez debemos el conocimiento cabal del planeta que habitamos. En cambio la clase tercera, ó sea la de los que procuran conciliar en sus viajes el desahogo de alguno ó algunos asuntos con el estudio y un lícito recreo es numerosísima, y de mí se decir que en mis pocos viajes, siempre he pertenecido á ella. Jamás he ido á parte alguna sino movido por la necesidad; pero tampoco he desaprovechado nunca la ocasión de conocer el país que me veía precisado á visitar, por mucho ó por poco tiempo, ni dejado de consignar por escrito mis observaciones referentes á lo que en él veía ó observaba digno de atención. Dígolo porque siempre me ha ido bien con esta costumbre, y porque creo que muchos españoles harían bien en adoptarla. Podría ser útil para los demás, y de seguro sería agradable para ellos.

## XXVI.

Suponiendo que á esta clase de viajeros, ó á la segunda y de ningún modo á la primera, pertenezca el lector que la suerte depare á estos informes apuntes, seguro estoy de que interpreto fielmente su pensamiento diciendo que, si alguna vez llega á esta capital, ya sea que la visite por primera vez de su vida, ya la conozca de antiguo, tan luego como haya despachado sus asuntos mas urgentes, adoptará uno de estos itinerarios:—si es literato, naturalista ó anticuario, dirigirá sus pasos con impaciente anhelo al *British museum*, museo británico, (*Great Russell street, Bloomsbury*.) juntamente biblioteca riquísima y no menos rico gabinete de historia natural y de antigüedades, especialmente griegas y asirias. Si es poeta, se irá flechado á la Abadía de Westminster, reliquia preciosa del arte gótico, á saludar los sepulcros del inmortal autor de *Hamlet*, de Milton, de Addison, de Pope, y la preciosa capilla de Eduardo el Confesor:—si es artista, le faltará tiempo para volar á la *National gallery*, museo de pintura y escultura, harto pobre, en verdad, para la soberbia corte de la Gran Bretaña. Varios lores, los duques de Northumberland y Devonshire, los duques de Carlisle y de Normanton entre otros, poseen galerías de cuadros muy superiores á los de aquel museo. Yo he conocido, sin embargo, algunos poetas y artistas particularmente entusiastas, y á otros que sin ser artistas ni poetas traían, sin embargo, la imaginación tan excitada con los terribles recuerdos que la Historia y la Poesía han asociado al nombre de la Torre de Londres, que al pisar por primera vez el suelo de esta capital, se han dirigido desde el mismo muelle del Támesis ó desde el andén del ferro-carril á aquella torre famosa (*London Tower*), en busca de las manchas de sangre que conserva todavía, (así dicen, pero yo no las he visto) eternos estigmas de sus malditas losas, dejados allí por los feroces Ricardo III y Enrique VIII, por la reina María la Sangrienta (*The Bloody Queen*), digna esposa de nuestro don Felipe el Prudente, y por aquella otra reina Isabel, su terrible hermana, de quien dijo un gran poeta español con

un vigor de pensamiento y un cinismo de dicción á lo Juvenal, raros en nuestra lírica (1):

Muger de muchos y de muchos nuera.....  
¡Oh reina torpe, reina no, mas loba  
libidinosa y fiera,  
Fiamma dal ciel su le tue trezze piova!

Pero la verdad es que el que busque hoy en la Torre de Londres lo que promete su lúgubre historia, se quedará mas que medianamente chasqueado: hoy es un cuartel, una armería, un museo de curiosidades y un archivo. El pintoresco trage de los porteros y guardas que enseñan el edificio, trage del siglo XV, muy parecido al que saca en nuestros teatros el actor encargado del papel de *Tyrrel* en el conocido drama de *Los Hijos de Eduardo*, con más una inofensiva alabarda, no basta á reanimar la ilusión:—decididamente el siglo del vapor y de las luces ha estampado su apacible colorido en aquella sombría necrópolis de los tiempos feudales, encubridora de tantos crímenes. Este edificio, situado á la orilla izquierda del Támesis, á corta distancia de *London Bridge* (el puente de Londres), entre éste y el famoso *Tunnel*, es una enorme fortaleza cuadrada, con trece torres, algunas ya medio derruidas, y flanqueada por cuatro torreones, cuya construcción data del siglo XII, bajo el reinado de Guillermo el Conquistador. Sucesivamente palacio de los reyes y prisión de Estado, sirve hoy, como he dicho, de cuartel de infantería, de armería y arsenal marítimo ó mas bien museo militar, de archivo histórico del parlamento (*records office*), y de guarda-joyas de la corona (*jewel office*). El archivo solo contiene escrituras antiguas, referentes á la primera época parlamentaria en Inglaterra, desde la promulgación de la *Carta magna*, arrancada á Juan Sin Tierra por sus barones sublevados en 1215, hasta el reinado de Ricardo III. Mediante una retribución de diez chelines y medio se obtiene licencia para examinar durante un año aquellos preciosos papeles:—obsérvese que aquí todo cuesta dinero,—y sea esto dicho una vez para todas. No vaya á creer el lector que la Torre se visita de balde. En este punto nuestros gobiernos son mucho mas liberales, mas hospitalarios: á ninguno se le ha ocurrido jamás llevar dinero por permitir la entrada en el archivo de Simancas, por ejemplo. Bien sé que no es el gobierno inglés el que impone tales exacciones al público, pero las tolera y juzgo que hace mal: de ahí nace la mala idea que suelen llevarse de este país los extranjeros, esquilmados, exprimidos como un limón, por las insaciables exigencias de todos los que enseñan cualquier objeto público, de los que en todas partes se enseñan gratis.

Las joyas de la corona ocupan varias salas en la llamada Torre Martin: su valor se estima en unos dos millones de libras esterlinas,—sobre doscientos millones de reales. Hay allí varias coronas y cetos de oro, una gran pila bautismal de plata que se emplea en el bautizo de los príncipes, una soberbia vajilla de oro, un águila del mismo metal, en que se guardan los santos óleos para ungir á los reyes en la ceremonia de su coronación y otra multitud de preciosidades. Tal nombre merecen tambien muchas de las armas y otros

(1) Góngora, en su *Canción* al armamento de Felipe II contra Inglaterra.



arreos bélicos que se custodian en la sala llamada de la Reina Isabel, como la armadura de Bayaceto, y la espada, el yelmo, y tahallí del valeroso príncipe indio Tipoo-Saib, último nabab de Misora que tanto dió que hacer á los generales de la poderosa Compañía Oriental á fines del siglo pasado. En la misma sala se enseña el hacha con que fué degollado el conde de Essex y la que prestó el mismo servicio á Ana Bolena.

Peró lo mas interesante para nosotros los españoles que encierran las salas de la Torre destinadas á depósito de armas, planos y modelos de plazas fuertes (entre estos modelos hay uno excelente de Gibraltar, que no se enseña al público), armaduras completas de hombres y caballos, etc., es la seccion denominada *The spanish armury* (la armería española), compuesta de despojos de nuestra famosa armada *Invencible*, vencida empero y rota, mas no por los hombres sino por las tempestades del mar. Con razon pudo decir Felipe II, despues del desastre de su expedicion: *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos.*

En la torre llamada de *Colham*, inmediata á la de la Campana (*Bell-Tower*), que es la primera que se encuentra á la izquierda pasando por la *Puerta de los Traidores*, y que es fama sirvió de cárcel á la reina Isabel cuando aun no era mas que princesa, bajo el dulce reinado de su hermana María, es donde mas vestigios se encuentran del destino que tuvo en lo antiguo este edificio: como lo indica el melodramático nombre de la citada puerta, allí entraban por ella los reos de Estado:—entraban, pero no salian, ni aun sin cabeza, pues en la capilla de dicha torre, que por cierto es bien modesta, recibian sepultura sus cadáveres. Ya allí, á la vista de los terribles testimonios que por todas partes le rodean á uno, se vienen involuntariamente á la imaginacion aquellas tan conocidas palabras de Voltaire: *La historia de Inglaterra debería estar escrita por el verdugo.* Allí recibieron la muerte de su mano sin formalidad ni aparato alguno, ni mas razon que el capricho brutal de un tirano, las hermosas Ana Bolena y Juana Gray, el conde Warwick, llamado en su tiempo el *hacedor de reyes*, el de Arundel—, y entre otros cien, de la misma y de otras épocas que pudiera añadir, el desgraciado duque de Clarence, de báquica memoria, que autorizado por su hermano Eduardo IV para elegir el género de muerte que habia de recibir en pena de haber solicitado sin su anuencia la mano de una princesa estrangera, optó por morir y murió efectivamente ahogado en un tonel de malvasía. No se puede llevar mas allá la afición á este buen vino, ni pudo tampoco el otro hermano dar al mundo una prueba mas patética de su fraternal complacencia!...

Es opinion comun que el sitio en que se consumó el asesinato horrendo de los hijos de este *complaciente* moparca (el joven Eduardo V y su hermano el duque de York), por orden del bárbaro Gloucester, fué la torre que aun conserva su dictado de sangrienta (*the bloody tower*); así como en la llamada de *Wakefield* se enseña una sala ochavada en la que es fama que fué asesinado Enrique VI, en cuyo tiempo tuvieron principio las célebres banderías de *las dos rosas*, la *blanca* de York, la *roja* de Lancastre. En este período de la historia inglesa, los crímenes se enlazan unos con otros al rededor del trono, estrechándole como la yedra al olmo: las crónicas de ambas familias rivales destilan san-

gre. A aquel desgraciado Enrique sucedió Eduardo IV, padre de los dos príncipes niños cuya trágica muerte ha popularizado en nuestra escena el bello drama de Casimiro Delavigne, tan superiormente traducido por el Sr. Breton de los Herreros.

Entre los muchos sepulcros de personajes célebres que se ven en la capilla de que ya he hablado, llaman la atencion los del gran canceller Tomás Moro, el de Catalina Howard, quinta esposa de Enrique VIII, y no la última; el del conde de Essex, favorito de la reina Isabel la *Virgen* (*the Maid Queen*)! Bajo el aspecto arqueológico, mucho mas curiosa que esta capilla es la llamada de *César*, situada en el piso segundo de la torre Blanca (*the White tower*), hermoso resto de la arquitectura normanda. Merecen sobre todo verse las esculturas de los capiteles de las columnas que sostienen la bóveda. Recomendando por último á los inteligentes en el arte de la talla, como una muestra de la perfeccion á que llegó en la edad media, una techumbre de bellísimo artesonado que hay en uno de los pisos superiores de esta torre.

EUGENIO DE OCHOA.

(Se continuará.)

## NECESIDAD DE LA VIDA SOCIAL.

Nosotros no podemos descubrir nuestro rostro sino en otro cuerpo que lo refleje; é igualmente para que nuestra alma tenga el conocimiento de sí misma y se conozca, hay necesidad de otra alma que le dé la impresion que ella recibe.

He aqui por qué nosotros soportaríamos mas bien todos los males, que una soledad absoluta y eterna; hé aqui por qué nosotros huiríamos de los jardines encantados en donde podrian ser satisfechos todos nuestros deseos, á escepcion de la sociedad de nuestros semejantes.

Por esta misma razon se nos hace insoportable la existencia de nosotros mismos, si lo es para los hombres que nos rodean.

Su indiferencia es para nosotros una disminucion de nuestro ser; su desprecio un suplicio.

En atencion á esta inclinacion invencible de la naturaleza, no podemos prescindir, desde el momento en que nos ponemos en relacion con cualquiera, de dar valor á la opinion que puede formarse de nosotros, y de buscar por cualquier medio que podamos nivelarnos con él y atraernos su aprecio.

Nosotros consideramos como la mayor de las desgracias para un hombre, la pérdida de su honor. Nosotros sospechamos que es capaz de toda accion malvada el que desprecia todas las preocupaciones y huella la estimacion pública.

JACOBI.



### LA SELVA NEGRA.

A tres postas antes de llegar á Freiburgo en Brisgau, despues de haber pasado el Hoellenthal (Valle del Infierno), y dejado atrás el Hoelletasteing, se llega atravesando un país rico y lleno de arboledas á las orillas del lago Titi.

Nada puede figurarse la imaginacion mas pintoresco y seductor que aquella hermosa sábana de agua límpida encerrada como en un cuadro al Oeste y al Este por colinas cubiertas de encinas, de pinos, de chopos y de árboles frutales: al Sur-Oeste y al Norte, por altas montañas que domina el Feldberg, ese gigante del Bosque Negro, cuya cabeza, cubierta casi siempre de nieve, se alza á 1550 metros sobre el nivel del mar. De sus costados llenos de colinas



El lago Titi.

es de donde salen los cuatro grandes brazos que con sus mil ramificaciones forman la Selva Negra. En medio del lago bajan en suave declive verdes praderas y se deslizan hasta debajo de sus aguas.

La campiña es muy risueña y ricamente cultivada: atraviesa un camino que conduce á Neustadt, linda pequeña

poblacion donde se fabrican una parte de los curiosos objetos que compran los viajeros y que se llevan como recuerdo de su expedicion á la Selva Negra, entre otros, relojes de madera, de música, los que se dan á muy arreglados precios.





*lit. de J. J. Martinez*

EL AMANE CER  
( Copia del paisaje de Vilson.)